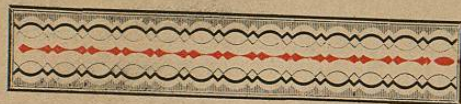


deceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusion, que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo á ejecutarlo. Sostenedme, Dios mio, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas, y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdon de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseais, no obstante la repugnancia, que me haga sentir el amor propio.



II

LUCHAS Y TRIUNFOS DE MARGARITA MARÍA
EN SU VOCACION



II

REANUDANDO mi narra-
cion diré, que á medida
que crecía, se aumentaban mis
cruces. El diablo suscitaba mu-
chos buenos partidos, segun el
mundo, los cuales me asedia-
ban para obligarme á ser infiel
al voto, que habia hecho. Esto
atraia mucha gente á casa, con
quien me era preciso tratar, lo que me
servia de no pequeño suplicio. Por un
lâdo mis parientes, y sobre todo mi ma-
dre, me apretaba en este punto llorando

sin cesar y diciéndome que no tenía más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguía con tanto ímpetu mi corazón, que no me concedía momento de tregua; pues tenía siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba á faltar, sería castigada con horribles tormentos.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba, y diciéndome que si me hacía religiosa, la mataría de pena, debiendo responder de ella á Dios por estar completamente abandonada á mis cuidados y servicios. Sentía un tormento insoponible, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror á la impureza no cesaban de importunarme. Su-

fria con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo, y me derretía en lágrimas. No teniendo persona, á quien descubrirme, no sabía qué partido tomar. Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó á sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era, al hacerlo, bien se podría obtener su dispensa. Además de esto, temía mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podría ayunar, hacer limosnas, ni tomar disciplina según mi deseo; que la vida religiosa pedía tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me sería imposible llegar á ella, y me condenaría.

Comencé, pues, á mirar al mundo, y á componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía. Pero vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin

un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenia designios muy diversos de los que abrigaba mi corazón, me hicisteis conocer en esta, como en muchas otras ocasiones, que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aun cuando mi malicia é infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas é industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus inspiraciones, fué todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte á parte y le consumían, dejándome como transida de dolor. Y no siendo aún esto suficiente para hacer soltar su presa á un corazón tan ingrato como el mio, me sentía como ligada y arrastrada con cordeles con tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba á un sitio apartado, donde me

hacia severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazón, que sufría persecuciones espantosas. Después de haberle pedido perdón con el rostro pegado á la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvía, como ántes, á mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir, los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbos reprensiones; que era mi vanidad, quien la había reducido á tal estado; que perdía un tiempo tan precioso, del cual se me pediría una cuenta rigurosa á la hora de la muerte; que le hacía traición y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante á Él. Estampábase todo esto tan profundamente en mi espíritu y abría tan dolo-

rosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente, y me sería muy difícil expresar cuánto sufría y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruida, ni oído hablar de ella, no sabía sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacía practicar con su amorosa violencia.

Para vengar de algún modo en mí misma las injurias, que le hacía, y recuperar la semejanza y conformidad con Él, aliviando así el dolor, que me oprimía, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apenas podía respirar y comer. Dejábolas tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba á crecer encima, no podía extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedía con las cadenillas ó cilicios de mis brazos, los cuales al desprenderse

llevaban consigo el pedazo de carne viva. Después me acostaba sobre una ligera tablita ó sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacía mi lecho para reposar un poco, y tomaba además una disciplina procurando hallar algún remedio á los combates y tormentos interiores, en cuya comparación parecía un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado ántes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuían, todo esto, repito, lo tenía por un alivio al lado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio, y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacía tal violencia, que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender á mi Dios, me causaba aún mayor tormento que todo lo demás, porque me parecían mis pe-

cados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies para enterrar en su seno á una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los días, y, sin embargo, no podia hacerlo sino raras veces. Parecíanme santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabia acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacia verter muchas lágrimas.

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se habia constituido en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví á abrazarla á costa de cualquier sacrificio. Pero, ¡ay de mí! No pudo cumplirse mi deseo, sino cuatro ó cinco años más tarde, durante cuyo tiempo redoblándose por todos lados mis pe-

nas y combates, procuraba redoblar tambien mis penitencias, segun me lo permitia mi divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome á la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega á ser santo. Hablábame así, porque le pedia en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leia otro libro que el de la *Vida de los Santos*, decíame al abrirle: Me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba de desolacion al ver que ofendia tanto á mi Dios, y pensaba que los santos no le habian ofendido como yo, ó al ménos, que si algunos lo habian hecho, habian despues pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardía en vivos deseos de hacerla; pero mi divino Maestro me infundia tan gran temor

de seguir mi propia voluntad, que desde entónces juzgué que nada le agradaría, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarle, y de reglar por la obediencia todas mis acciones; pero no sabia cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Parecíame un crimen el decir que amaba á Dios, viendo á mis obras dementir mis palabras. Le pedí me enseñase, é hiciera ejecutar cuanto queria que practicase para agradarle y amarle. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno á los pobres, que habria querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasion tan tierna de sus miserias, que, á depender de mí, me hubiera quedado sin nada por aliviarlas. Cuando tenia dinero se lo daba á niños pobres, para obligarles á venir á mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y á tratar con Dios. Esto

hacia que me siguieran, siendo tantos á veces, que en invierno no sabia dónde colocarlos, á no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Mortificábame esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacia.

Llegaron á pensar que daba á los pobres cuanto podia haber á las manos; pero no habria osado hacerlo, temerosa de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mio, y aún no me atrevia á hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenia, á hacer caricias á mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedia muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecia tranquila, y despues de un rato volvia á importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba á pedirselo también á los que conmigo vivian, lo cual era para mí un continuo

suplicio. Pero creía conveniente sujetarme á todos aquellos, que me inspiraban mayor repugnancia y obedecerles, para experimentar si podía ser religiosa. Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dió tanta autoridad sobre mí, que no podía existir religiosa más sujeta. Mas el ardiente deseo, que sentía de amar á Dios, me hacía superar todas las dificultades, y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario á mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentía á ello, que me acusaba en la confesion, cuando ocurría, de no haber seguido estos impulsos.

Repugnábame en extremo ver llagas; pero me fué preciso ponerme desde luego á curarlas y besarlas para vencerme, y no sabía cómo arreglarme en esta operacion. Mas mi divino Maestro sabía suplir tan perfectamente to-

das mis ignorancias, que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más unguento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podía ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependía de mí para proporcionármelos, porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba á mi vista, cual si acabase de ser azotado, me impedía tenerla, pues me hacía estas reconven- ciones, que llegaban á herirme el corazón. «Y bien, ¿querrás gozar de este »placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno, »y me entregué á todo género de amar- »guras por tu amor y por ganar tu co- »razon! ¿Y querrás ahora, sin embargo, »disputármelo?» Tales palabras produ- cian honda impresion en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada com-

prendia. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacia bien alguno, era porque con tal fuerza me impulsaba á ello, que no podía resistir.

Este es el grande objeto de mi confusion en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querria poder dar á conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias á Dios y oposicion á sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecia, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad á mi malicia, y su amor á mis ingraticudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer á mi Soberano libertador, que tan amoroso cuidado habia tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un dia en un abismo de estupor viendo que tantos defectos é infidelidades, como en mí ha-

llaba, no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo: «Es porque
»deseo hacer de ti como un compuesto de mi amor y de mis misericordias.» Y en otra ocasion me dijo: «Te he elegido por esposa y nos prometimos fidelidad, cuando hiciste el voto de castidad. Soy yo, quien te movia á hacerle, ántes que el mundo tuviera parte alguna en tu corazon, porque le queria enteramente puro, y sin mancha alguna de aficiones terrenales, y para conservármele así, quitaba toda la malicia de tu voluntad, á fin de que no pudiera corromperle. Y despues te confié al cuidado de mi santa Madre, para que te formase segun mis designios.» Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurriria en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecia no tener nada que temer bajo su proteccion maternal. Tambien hice voto en este

tiempo, de ayunar todos los sábados, de rezar, cuando supiese leer, el oficio de su Inmaculada Concepcion, y de hacer siete genuflexiones todos los dias de mi vida, rezando siete Ave Marías para honrar sus siete dolores: me ofrecí despues por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña como á mi buena madre, hacia la cual sentia desde entónces un amor verdaderamente tierno. Me reprendió severamente, cuando me vió de nuevo dispuesta á sucumbir en la terrible lucha que sostenia en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir á las persecuciones de mis parientes y á las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decia, que á los veinte años debe una jóven tomar estado, comencé á inclinarme á ese parecer.

Pues Satanás me decia continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser re-

»ligiosa? Vas á convertirte en la risa
»del mundo, porque de ningun modo
»has de perseverar; ¡y qué confusion,
»dejar un hábito de religiosa y salir de
»un convento! ¿Dónde podrás despues
»ocultarte?» Me deshacia en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenia un horror espantoso á los hombres y no acertaba á resolverme; pero mi divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo finalmente piedad de mí.

Un dia, despues de la comunión, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacia tantos años, ¿de dónde me venia el querer romper con Él toda amistad, para unirme con otro? «¡Oh!
»Entiende que si me haces este desprecio, te abandono para siempre; pero
»si me eres fiel, no te dejaré jamás y
»me haré tu triunfo contra todos tus